

ELEGID A VUESTROS HERMANOS COMO AMIGOS¹

9. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros. Permaneced en mi amor.
10. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.
11. Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado.
12. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.
13. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.
14. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando.
15. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.
16. No me habéis elegido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado a que vayáis y déis fruto, y un fruto que permanezca (*Jn 15*).

“Amáos los unos a los otros como yo os he amado” (12). Para poder cumplir este mandamiento del Señor veamos primero cómo nos amó Él. Basta para ello que leamos un versículo anterior: “como el Padre me amó yo también os he amado a vosotros” (9). Cuando ama, como cuando habla y obra, Jesús, Hijo de Dios, no inventa nada: mira a su Padre y hace como Él. ¿Hay algo más simple?

No habla sino “lo que ha visto donde su Padre” (*Jn 8,38*); no hace sino lo que hace su Padre (*Jn 5,19*); nos ama como lo ama su Padre. En realidad, el amor de Jesús por nosotros no es otra cosa sino el amor del Padre por él. Es el amor del Padre que hace latir el corazón de Jesús por nosotros.

¿Cómo hace Jesús para vivir al ritmo del amor de su Padre para amarnos con su amor?... Le obedece: “Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (*Jn 15,10*) y saca esta consecuencia para nosotros: “permaneceréis en mi amor si guardáis mis mandamientos”. Sus mandamientos que, dos versículos más adelante no son más que “su” mandamiento; y éste no es, como se podría esperar, amarme, o amad a mi Padre, sino “amáos los unos a los otros”.

Así, el Hijo permanece en el amor del Padre amándonos y nosotros permanecemos en el amor del hijo amándonos LOS UNOS A LOS OTROS.

Permaneced en mi amor

Permanecer en el amor de alguien puede tener dos acepciones. Si nos colocamos en el punto de vista del otro, significa que esta persona nos ama siempre, que nosotros obramos de modo que ella continúa amándonos.

Colocándonos desde nuestro punto de vista: que amamos a ésta persona; que obramos de modo de probarle nuestro amor.

Aplicando esto al versículo 10: “El Hijo permanece en el amor del Padre al guardar sus

¹ De la revista *Présence d'En Calcat*, n. 26, abril 1970. Tradujo: S. Plácida Ma. Zorrilla, osb. Monasterio Mater Ecclesiae – Uruguay. N. de la T.: Las citas bíblicas están tomadas de la edición española de la *Biblia de Jerusalén*.

mandamientos” significa: según el primer sentido que el Padre no puede otra cosa sino amar al Hijo porque éste le obedece; y según el segundo sentido, que el Hijo testimonia su amor al Padre obedeciéndole.

Del mismo modo, “nosotros permaneceremos en el amor del Hijo guardando sus mandamientos” significa: en el primer sentido, que el Hijo no puede sino amarnos porque le obedecemos; en el segundo sentido, que nosotros testimoniaremos nuestro amor al Hijo obedeciéndole.

En el caso del Padre y del Hijo las dos posiciones son absolutamente indisociables: “Yo amo al Padre y obro como el Padre me ha ordenado” (Jn 14,31); “hago siempre lo que le agrada a Él” (Jn 8,29). El Padre no puede sino amar al Hijo que no hace otra cosa que complacerlo en todo; ni el Hijo puede dejar de confiar en su Padre que le da todo lo que posee, todo lo que Él es.

Nuestro caso es diferente. El Hijo nos ama antes de que nosotros le hayamos obedecido. Recordemos el episodio del joven rico: «Jesús fijó en él su mirada, le amó y le dijo: “Ve, vende lo que posees...”» (Mc 10,21). El amor precede a la orden, al consejo. Jesús nos da igualmente aquí la razón profunda de sus mandamientos: el amor. Porque amó a ese joven le pidió que hiciera algo más; porque Dios nos ama nos manda lo que debe hacer nuestra felicidad; “os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado” (Jn 15,11) explica Jesús al darnos su mandamiento. El Hijo nos ama antes de que nosotros le obedezcamos, y nos ama a pesar de nuestra desobediencia. “Tampoco yo te condeno, vete y no peques más” dice a la mujer adúltera que todos los demás querían matar; estando su alma totalmente turbada por el horror de la traición de uno de los que él ha elegido, ofrece a Judas un bocado del plato común: gesto de honor, de simpatía, de benevolencia, último llamado del amor al amor.

Por eso, porque el amor de Dios está “más allá de lo que podemos imaginar o concebir”, parece que “permanecer en su amor” tuviese principalmente para nosotros el segundo sentido, a saber: testimoniarme vuestro amor obedeciéndome.

“Permanecer en su amor” sería en realidad la respuesta que humildemente él solicita de nuestra parte al amor que ya nos tiene: “como yo os HE AMADO, nos dice, y no: “como yo os amaré en el futuro”.

Dad todo lo que sois

El Hijo obra como el Padre y nos pide que hagamos como él: “Como el Padre me amó, yo también os he amado” (9). “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (12).

Así como el Hijo responde al amor del Padre amándonos, así también nosotros responderemos al amor del Hijo amándonos LOS UNOS A LOS OTROS. Sorprende esta manera de obrar: sin embargo Cristo nos da el ejemplo con san Pedro. Jesús le pregunta: “Pedro, ¿me amas?” (Jn 21,15) y a la respuesta afirmativa de éste añade enseguida: “Apacienta mi rebaño”, es decir “sé el pastor de mis ovejas”. El buen pastor, para Jesús, es el que da su vida por sus ovejas. Esto es lo que acaba de decir a San Pedro: pruébame tu amor dando tu vida por mis ovejas, ocupándote de los demás.

Uno ama a Cristo ocupándose de los otros; uno da la vida a Cristo dándola a los otros. Porque se ama a alguien se da la vida a un tercero... ¿Parece eso paradójal? Sin embargo es la manera de obrar de Dios. Veamos esto más de cerca.

¿Como ama el Padre al Hijo?... dándole todo lo que tiene, todo lo que es: “el Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano” (Jn 3,35); “el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace” (Jn 5,20).

Puesto que el Hijo obra con nosotros como el Padre obra con él, no puede sino darnos todo lo que tiene, todo lo que es, en una palabra: darnos su vida. “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (13); diciendo esto a sus discípulos, Jesús añade enseguida: “Vosotros sois mis amigos”, lo que equivale a decir: doy mi vida por vosotros (el buen pastor da su vida por sus ovejas).

Cuando se da la vida por alguien es sin duda alguna para que esta persona pueda vivir. Jesús se da a nosotros para que podamos vivir la vida eterna; “el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,61); “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna” (Jn 6,64). Pero la vida eterna que nos procura Jesús, dándose a sí mismo, es el conocimiento del Padre: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, el único Dios verdadero, ya tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3).

Para que tengamos la vida eterna, su propia vida es necesario que Jesús nos haga conocer al Padre y es justamente lo que dice en el versículo 15: “Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”. Nos ha dado el conocimiento del Padre y por esta razón nos llama sus amigos. He aquí lo que arriesga a trastornar no poco la idea que nos hacemos de la amistad.

En efecto, el término “amigo” está ligado al don de la vida: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (13), y también está vinculado al conocimiento del Padre: “A vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (15). ¿Acaso no debemos sacar la conclusión de que Jesús nos da su vida -y la vida de Dios no puede ser sino la vida eterna- dándonos el conocimiento de su Padre, enseñándonos todo lo que sabe de Él? Dicho de otro modo, haciéndonos conocer al Padre Jesús da su vida y, de hecho, porque reveló que Dios era su Padre, los judíos lo mataron: “Nosotros tenemos una ley y según esa ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios” (Jn 19,7).

Al dar a conocer a su Padre, Jesús da su vida, Jesús da lo que tiene de más caro, lo que constituye su razón de ser, y llama amigos a los que ha hecho este don extraordinario: “os llamo amigos porque todo lo que aprendí de mi Padre os lo he dado a conocer”, y en este mismo versículo precisa lo que para él caracteriza al amigo, oponiéndolo al esclavo: el amigo es el que sabe, porque el otro le ha enseñado; el esclavo, por el contrario, es el que ignora lo que hace su Señor; el amo no le dice a su servidor lo que hace, lo que sabe, lo que es: no están en el mismo plano. El amigo, él sí, dice libremente a su amigo lo que hace, lo que sabe, lo que es: no hace diferencia entre él y su amigo.

“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”. Jesús nos ha probado su amor haciéndonos compartir su conocimiento del Padre, escogiéndonos como amigos. Entonces cuando nos dice: “Amáos como yo os he amado”, esto significa: Yo os he amado como amigos, -y al hacer esto he manifestado mi amor al Padre, obrando así he podido amar como ama el Padre- y yo os pido que os améis unos a otros como amigos: así me manifestaréis vuestro amor, así amaréis a vuestro turno como yo amo, como ama mi Padre.

Si queremos obedecer al mandato de Cristo debemos nosotros también dar nuestra vida por nuestros hermanos (1 Jn 3,16), debemos amar a nuestros hermanos como amigos hasta poder decirles todo lo que somos, todo lo que constituye nuestro ser, nuestra vida.

A los hermanos que no habéis elegido

Dar lo que somos a nuestros hermanos: pero enseguida objetamos, nos cuesta tanto, si es que lo conseguimos, compartir con uno o dos amigos lo que tenemos de más caro, ¿cómo queréis que podamos hacerlo con todo el mundo?

Antes de decir que esto es imposible, tratemos de ver un poco mejor lo que es la amistad.

Acabamos de ver cómo la amistad supone el compartir lo que tenemos de esencial. El versículo 16 nos aclarará un poco más. Después de haber dicho: “Os llamo mis amigos”, Jesús agrega enseguida: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”.

Esto significa que no somos nosotros los que hemos elegido a Cristo como amigo: la iniciativa no partió de nosotros sino de él. Pero entonces, en este caso, el amigo no es aquel que nosotros nos elegimos, sino aquel que nos elige a nosotros. Amigo es aquel que nos escoge como amigos, aquel que nos demuestra su amor... Compartiendo lo que le es más querido; los discípulos no habían pedido nada a Jesús; es él quien los llamó y libremente les dio a conocer lo que él había aprendido del Padre.

Tampoco nosotros elegimos a los que nos rodean; y sin embargo, estos hermanos que no hemos elegido como hermanos, debemos ahora elegirlos como amigos, como Cristo hizo con nosotros, y entonces los amaremos como Cristo nos ha amado. A nosotros nos corresponde dar el primer paso. Si los consideramos no como gente con quien es necesario comportarse bien, sino como amigos que Dios ha elegido, nuestra actitud hacia ellos será bien diferente.

Mirar al otro como un amigo, sobre todo cuando se trata de hermanos, de tal hermano, no es fácil. A lo largo del día la experiencia nos lo prueba; sin embargo siempre es posible encontrar en él algo que pueda ser nuestro amigo. “No conozco a ningún hombre en el mundo, dice Saint-Exupéry, del cual una parte no sea mi amigo, por insignificante, por fugitiva que sea” (*Citadelle*, c. 51).

Hay en todo hombre una parte de él mismo que es para nosotros; tenemos en todo hombre un amigo: esto es lo que debemos creer, en función de este debemos obrar; “llamo mi amigo, prosigue Saint-Exupéry, a aquello que he visto en él, dormido, quizá enterrado en su ganga, pero que para mí comienza a abrirse paso y me sonrío aunque quizá más adelante pueda traicionarme”.

Mirar con benevolencia, con amor, esta parte del otro que es para nosotros, le permitirá crecer, dilatarse.

El refrán popular dice: “Uno elige a sus amigos, no elige a sus hermanos”; Cristo nos dice: elegid a vuestras hermanos como amigos. Y no lo dice sino después de haberlo hecho primero él. Al elegir como amigos a los que el Padre nos ha dado como hermanos, imitamos a Cristo que eligió por discípulos, por amigos a los que el Padre le había dado: “He manifestado tu nombre a los hombres (es decir, les he dado lo que tenía de más precioso, los he hecho mis amigos) que tú has sacado del mundo para dármelos” (*Jn* 17,6); y en lo que sigue del capítulo, Jesús designa a sus discípulos, a los que ha elegido, con la expresión: “aquellos que Tú me has dado” (17,11. 12. 24).

Sí, el mismo Jesús no eligió sino a aquellos que le fueron dados por su Padre, y el Padre sabe bien que este no fue siempre fácil para él. Ha amado como amigos:

- a estos hombres que no comprendían nada: “¿Aún no comprendéis?... ¿cómo no entendéis?” (*Mt* 16,9-11) “¿No entendéis esta parábola?” (*Mc* 4,13);
- a estos hombres “sin inteligencia, tardos para creer” (*Lc* 24,25);
- a estos hombres “de poca fe” (*Mt* 16,8);
- a estos hombres que según el evangelio de san Lucas, durante la última Cena, cuando Jesús acababa de anunciarles que sería traicionado por uno de ellos, “se pusieron a discutir entre sí quién de ellos parecía ser el mayor” (*Lc* 22,24);
- a estos hombres a quienes acababa de dar su Cuerpo y su Sangre y eran incapaces de velar una hora con él cuando la angustia lo hace sudar sangre;

- a estos hombres que desaparecen cuando el asunto se pone mal y lo dejan solo en manos de sus enemigos;
- a este hombre que le entrega después de haber recibido de él un último gesto de honor y de amistad.

Sí, Jesús no eligió más que aquellos que le fueron dados, a pesar de sus límites, de sus defectos, de sus debilidades y aún de su odio; y si pudo hacerlo, es porque él dirigía su mirada total y deliberadamente, más allá de la corteza rugosa, sobre la parte pura, generosa, amante, que existía en cada uno de ellos y que manifiestan frases como éstas: “Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna” (*Jn 6,68*); “Yo daré mi vida por tí” (*Jn 13,37*); “Vayamos y muramos con él” (*Jn 11,16*); “Señor, tú sabes todo, tú sabes que te amo” (*Jn 21,17*).

Así, las limitaciones, las incomprensiones de los demás, la imposibilidad aún real de no poder decirles todo, no debe impedirnos tratarlos como amigos. Hay en todo hombre algo que podemos amar y “este que amaste primero en el hombre, ¿en qué se destruye si también hay otra cosa que tú no amas?” (*Citadelle c. 51*).

En la amistad a la que nos invita el Señor respecto a cada uno de nuestros hermanos retengamos estos tres elementos:

La amistad nace de un encuentro que no hemos elegido nosotros: encuentro de Cristo con aquellos que el Padre le dio, encuentro con los hermanos que nos dan nuestros padres, que nos da Dios.

En esta amistad nos corresponde la iniciativa del primer paso: para Cristo, la iniciativa de habernos elegido; para nosotros, la de amar a los demás; no esperar que ellos empiecen a hacerlo: “si tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda y ve primero a reconciliarte...”.

La amistad supone compartir lo que tenemos de más profundo, lo que constituye nuestra vida, nuestro ser, nuestra intimidad.

Cristo vino para revelarnos al Padre y sólo después de habernos enseñado todo lo que él mismo aprendió del Padre, nos llama sus amigos. Revelar lo que uno tiene de más caro ¿no equivale a revelarse a sí mismo?

No podemos dar sino lo que tenemos, lo que somos y aún menos de lo que somos, puesto que la mayor parte de las veces no llegamos a compartir con los otros todo lo que quisiéramos. Tengamos, pues, la humildad de dar a los demás y de recibir sólo lo que podemos darles o recibir. Sin embargo sepamos también que podemos recibir de todo hombre y que a todo hombre podemos dar más de lo que con frecuencia osamos darle.

Damos lo que somos, pero damos más aún: damos a Cristo que está en nosotros. Y así como los demás nos conocen con frecuencia más de lo que creemos por lo que no llegamos o no queremos decirles, del mismo modo lo que vivimos de Cristo, por poco que sea, puede tener en ellos repercusiones insospechadas.

Sin duda no podemos amar a todo el mundo de la misma manera: al menos abramos siempre y a todos nuestro corazón a fin de que lo que en ellos hay para nosotros pueda entrar en nosotros y lo que en nosotros hay para ellos los pueda alcanzar.

Seremos amados en la medida en que hayamos amado.